

del Orinoco, se apoderaron de aquel mismo pais que los conquistadores habian ya dejado de desvastar. Desde entonces nadie, sino los pobres misioneros, pudo internarse hácia el sur de los llanos. En el Uritucu comenzaba un mundo desconocido para los colonos españoles, y los descendientes de aquellos intrépidos guerreros que habian extendido sus conquistas desde el Perú á las costas de la Nueva Granada y á la embocadura del Amazona, ignoraban el camino que conduce de Coro al rio Meta.

Quedóse aislado el litoral de Venezuela, y las lentas conquistas de los misioneros jesuitas no obtenian resultados favorables sino en las orillas del Orinoco. Estos padres habian ya penetrado mas allá de las grandes cataratas de Atures y Maypures, cuando los capuchinos andaluces apenas habian llegado desde las costas y los valles de Aragua hasta los llanos de Calabozo. Dificil sería atribuir estos contrastes al régimen con que se gobiernan las diferentes ordenes religiosas: el aspecto del pais contribuye muy poderosamente al mayor ó menor progreso de las misiones. Estas se dilatan lentamente en lo interior de las tierras, en las montañas, en los llanos, y

donde quiera que no siguen el curso de un rio. Parece increíble que la ciudad de San Fernando que solo dista 50 leguas en línea recta de la parte mas antiguamente habitada de la costa de Caracas, no haya sido fundada hasta el año 1789. Enseñáronnos un pergamino lleno de pinturas alegóricas, que contenia el privilegio de esta pequeña ciudad, el cual habia sido enviado de Madrid, cuando aun no habia sino unas quantas chozas de cañas, en torno de una gran cruz que señalaba el centro de la poblacion. Interesados, tanto los misioneros como los gobernadores seculares, en exagerar en Europa sus progresos en el aumento de la cultura y de la poblacion, sucede muchas veces que los nombres de las villas y lugares estan estampados en los estados de *nuevas conquistas*, aun antes de su fundacion. Indicaremos algunos en las riberas del Orinoco y del Casiquiare, que aunque proyectados con mucha anticipacion, no han existido jamas sino en los planos de las misiones grabados en Roma y en Madrid.

La posicion de San Fernando sobre un gran rio navegable y cerca de la embocadura de otro que atraviesa enteramente la provincia de Varr-

Tres dias permanecemos en la pequeña ciudad de San Fernando. Hospedámonos en casa del misionero capuchino que gozaba de muchas

conveniencias, à quien habíamos sido recomendados por el obispo de Caracas, y tuvo con nosotros las mas grandes atenciones. Es célebre esta ciudad por el calor que reina en ella la mayor parte del año : voy à traer aquí algunos hechos que podran ilustrar la meteorologia de los trópicos. Transportámonos con nuestros termómetros, à las dos de la tarde, à la playa que avecina al rio Apure, y que está cubierta de arena blanca; y hallé esta arena à 52°, 51 en todos los parages donde la bañaba el sol. Elevado el instrumento à 18 pulgadas de la arena, marcaba 42°, 8; y à seis pies de altura, 38°, 7. La temperatura del aire à la sombra de un Ceiba, era de 36°, 2. Hicimos estas observaciones durante una calma apacible; mas cuando el viento comenzaba à soplar, se elevaba de 3° la temperatura, aunque no estábamos rodeados por un aire arenoso, y no era sino la parte del aire que había estado en contacto inmediato con un suelo

Los habitantes de aquellos países, durante las grandes crecidas, no remontan con sus canoas por la madre de los rios, sino que para evitar la violencia de las corrientes y el peligro de los troncos de arboles que estas arrastran, navegan por medio de las sábanas. Para ir de San Fernando à los lugares de San Juan de Payara, San Rafael de Atamaica ó San Francisco de Capanaparo, se toma la direccion hácia el sur, como si se atravesase un solo rio de 20 leguas de ancho. Los confluentes del Guarico, del Apure, del Cabullare y del Arauca con el Orinoco, forman, à 160 leguas de las costas de la Guayana, una especie de Delta interior, cuya hidrografia ofrece pocos ejemplos en el mundo antiguo. Segun la altura del mercurio en el barómetro, las aguas del Apure no tienen en San Fernando mas de 34 toesas de caida hasta el mar; igualmente débil es la que se observa desde las bocas del Ossage y del Misury hasta la barra del Misisipi. Las sábanas de la baja Luisiana representan las del bajo Orinoco.

Tres dias permanecemos en la pequeña ciudad de San Fernando. Hospedámonos en casa del misionero capuchino que gozaba de muchas

conveniencias, à quien habíamos sido recomendados por el obispo de Caracas, y tuvo con nosotros las mas grandes atenciones. Es célebre esta ciudad por el calor que reina en ella la mayor parte del año : voy à traer aquí algunos hechos que podran ilustrar la meteorologia de los trópicos. Transportámonos con nuestros termómetros, à las dos de la tarde, à la playa que avecina al rio Apure, y que está cubierta de arena blanca; y hallé esta arena à 52°, 51 en todos los parages donde la bañaba el sol. Elevado el instrumento à 18 pulgadas de la arena, marcaba 42°, 8; y à seis pies de altura, 38°, 7. La temperatura del aire à la sombra de un Ceiba, era de 36°, 2. Hicimos estas observaciones durante una calma apacible; mas cuando el viento comenzaba à soplar, se elevaba de 3° la temperatura, aunque no estábamos rodeados por un aire arenoso, y no era sino la parte del aire que había estado en contacto inmediato con un suelo

mucho mas caliente, y por la cual habian pasado las *trombas de arena*.

Esta parte de los llanos es la mas cálida, porque recibe el aire que ha pasado ya por toda la llanura; y se ha observado la misma diferencia entre la parte oriental y la occidental de los desiertos de Africa, donde vienen los vientos alisios. El calor aumenta considerablemente en los llanos, cuando en el tiempo de las lluvias, y en especial en el mes de julio, está el cielo nublado y refleja el calor hácia la tierra. Entonces cesa enteramente la brisa, y segun buenas observaciones hechas por el señor Pozo, sube el termómetro á la sombra¹ á 39° y 39°, 5, aunque se ponga á 15 pies de distancia del suelo. A medida que nos acercábamos á la Portuguesa, al Apure y al Apurito, aumentaba la frescura del aire á causa de la evaporacion de una masa de agua tan considerable; cuyo efecto se advierte principalmente desde que se pone el sol. Durante el dia, las playas de los rios cubiertas de arenas blancas, reflectan el calor de un modo mas insuportable que los terrenos arcillosos y pardos oscuros de Calabozo y Tisnao.

¹ A 31° 2, ó 31° 6 R.

El 28 de marzo al salir el sol me transporté á la playa para medir la anchura del Apure que es de 206 toesas. Resorraban truenos por todos lados, y era la primera tempestad y la primera lluvia de la estacion. El rio estaba agitado por el viento del este; pero luego se restableció la calma, y entonces comenzaron á jugar por la superficie de las aguas, una multitud de cetáceos de la familia de los *Sopladores*, muy semejantes á las marsopas¹ de nuestros mares. Los lentos y perezosos cocodrilos parecen temer el arrimo de estos animales ágiles é impetuosos en sus evoluciones, pues los veiamos sumergirse cuando los *Sopladores* se les acercaban. Es un fenómeno extraordinario el de hallar cetáceos á tanta distancia de las costas: los españoles de las misiones los distinguen con el nombre de *Toninas*, pero su nombre indio en idioma tamanaque es *Ori-nucna*. Tienen 3 y 4 pies de largo y dejan ver una parte del lomo encorvándose el cuerpo y apoyando la cola debajo del agua. No pude conseguir uno de ellos á pesar de que excité varias veces á los indios á que les tirasen con sus fle-

¹ *Delphinus phocaena*.

chas : el Padre Gili asegura que los Guamos comen la carne de estas Toninas.

¿Serán acaso dichos cetáceos, propios de los rios caudalosos de la América meridional, así como los manatos, que segun M. Cuvier son unos cetáceos de agua dulce, ó bien admitiremos que han remontado contra la corriente desde el mar, como lo hace en los rios del Asia, el *Delfnaptero Beluga*? Lo que me hacia dudar de esta última suposicion es, que hemos visto Toninas mas arriba de las cataratas del Orinoco en el rio Atabapo. ¿Habrian penetrado hasta el centro de la América equinoccial desde las bocas del Amazona, por las comunicaciones de este rio con el Rio Negro, el Casiquiare y el Orinoco? Mas alli se encuentran en todas estaciones y no hay nada que anuncie que hacen viages periodicos como los salmones.

Desde el mes de diciembre hasta el de febrero esta el cielo constantemente sin nubes, y si aparece alguna, es un fenómeno que llama la atención de los habitantes. La brisa del este y del está nordeste sopla con violencia, y como trae siempre un aire de igual temperatura, no pueden

los vapores hacerse visibles por la congelacion. Hacia fines de febrero y principios de marzo, es menos intenso el azul del cielo, el higrómetro indica poco á poco mayor humedad, las estrellas suelen estar empañadas con un ligero velo de vapores, su resplandor es menos tranquilo y planetario, y se ven centellear de cuando en cuando á 20° de altura sobre el horizonte : la brisa se va haciendo menos violenta é interrumpida por calmas. Luego, se acumulan nublados hacia el sud sudeste, que parecen como montañas lejanas de perfiles muy fuertemente señalados, de cuando en cuando se desprenden del horizonte y atraviesan la bóveda celeste con una rapidez que no corresponde con la debilidad del viento que reina en las capas inferiores del aire. A fines de marzo se observa la region austral iluminada por algunas explosioncillas eléctricas, que son como unos resplandores fosforescentes circunscritos en un solo grupo de vapores. Desde entonces la brisa pasa frecuentemente y por muchas horas, al oeste y al sudoeste, y este ya es un signo seguro de la proximidad de las lluvias, que empiezan en el Orinoco á fines de abril. El

cielo comienza a empañarse, desaparece el color azul y se extiende un velo pardo en todo él: al mismo tiempo se acrecienta el calor de la atmósfera; bien pronto no hay ya nubes sino densos vapores que cubren la bóveda celeste. Los monos ahulladores comienzan a hacer resonar sus ecos lamentosos, mucho antes del amanecer. En fin el aspecto del cielo, la marcha de la electricidad y el chubasco del 28 de marzo, anunciaban la entrada de la estación de las lluvias.

Sin embargo, nos aconsejaban todavía que nos trasladásemos de San Fernando por San Francisco de Capanaparo, el río Sinaruco y el ható de San Antonio, al lugar de los Otomaques fundado recientemente cerca de las orillas del Meta, y que nos embarcásemos en el Orinoco un poco encima de Carichana. Ofrecióse á acompañarnos un anciano propietario, cuyas costumbres manifestaban la simplicidad que reina todavía en aquellos países: este buen hombre había adquirido una fortuna de mas de 100,000 pesos, y sin embargo montaba á caballo á pies descalzos aunque armados con sus grandes espuelas de plata.

Como conocíamos por muchas semanas de experiencia la triste uniformidad de los llanos, preferimos el camino que, aunque mas largo conduce por el río Apure al Orinoco. Tomamos una de aquellas piraguas grandes llamadas lanchas, un piloto ó patron y cuatro Indios para gobernarla. En pocas horas construyéron en la popa una cabaña cubierta con hojas de Corifa, tan espaciosa, que podia contener una mesa y varios bancos, que consistian en unos cueros de buey estendidos y clavados fuertemente en unos como bastidores de madera de brasilete. Cito estas circunstancias minuciosas para hacer ver que nuestra existencia en el río Apure era muy diferente de la que soportamos en las estrechas canoas del Orinoco. Cargamos en la lancha víveres para un mes: en San Fernando se hallan en abundancia gallinas, huevos, bananos, cazabe y cacao; el buen padre capuchino nos dió

Por conducirnos desde San Fernando á Carichana sobre el Orinoco, distante ocho jornadas, pagamos 10 pesos por la lancha, medio peso ó cuatro reales por día al patron y dos reales á cada remero.

2 Fray Jose Maria de Málaga.

vino de Xerez, naranjas y frutas de tamarindos para hacer refrescos.

Los Indios contaban menos con los víveres que habíamos comprado, que en sus redes y anzuelos; nosotros llevamos tambien algunas armas de fuego, cuyo uso nos fué útil hasta las cataratas; pero mas al sud, la enorme humedad del aire impide á los misioneros servirse de escopetas. El rio Apure abunda en peces, manatos y tortugas, cuyos huevos ofrecen un alimento mas sano que agradable; sus riberas estan pobladas de infinitas aves, entre las cuales el Pauxi y la Guacharaca, que se podrian llamar los pavos y los faisanes de aquellas comarcas, nos han sido de mucha utilidad; aunque su carne me ha parecido mas dura y menos blanca que la de nuestros gallináceas de Europa, en razon de que se dan mayor ejercicio muscular. Tampoco se olvidó añadir á nuestras provisiones, armas é instrumentos, algunos barrilitos de aguardiente que nos sirviesen para tratar y cambiar con los Indios del Orinoco.

Partimos de San Fernando el 3o de marzo á las cuatro de la tarde, con un tiempo caluro-

sisimo; el termómetro se elevaba á 54° á la sombra á pesar de que soplabá fuertemente la brisa del sudeste: este viento contrario nos impidió desplegar las velas. Acompañonos en todo este viage por el Apure, el Orinoco y el Rio Negro, un cuñado del gobernador de la provincia de Varinas, don Nicolas Soto, que acababa de llegar de Cadiz y habia hecho una excursion á San Fernando. Queriendo visitar unos países tan dignos de la curiosidad de un europeo, no vaciló en encerrarse con nosotros, durante 74 dias, en una canoa estrecha y llena de mosquitos: su talento, su amabilidad y su humor jovial, contribuyeron á hacernos olvidar las incomodidades de una navegacion que no dejó de ser peligrosa.

Y Pasamos la embocadura del Apurito, y costeamos la isla de este nombre formada por el Apure y el Guarico, la cual no es en realidad sino un terreno muy bajo, cercado por dos grandes rios que desaguan ambos en el Orinoco, á poca distancia uno de otro, despues de haberse reunido debajo de San Fernando, por medio de un primer brazo del Apure. La orilla derecha de este rio mas abajo del Apurito, está un poco

mejor cultivada que la izquierda, donde los Indios Jaruros han construido algunas cabañas de cañas y hojas de palmera: viven de la caza y de la pesca, y como son diestrisimos en matar los jaguares, son tambien los que principalmente llevan á los lugares españoles las pieles conocidas en Europa con el nombre de pieles de tigre. Una parte de dichos Indios han recibido el bautismo, pero no visitan jamas las iglesias de los cristianos, y se les considera como salvajes porque quieren ser independientes.

Otras tribus de Jaruros viven bajo el régimen de los misioneros en la aldea de Achaguas, situada al sur del rio Payara. Los individuos de esta nacion que yo he tenido ocasion de ver en el Orinoco, tienen algunos rasgos de la fisonomía llamada tártara, aunque indebidamente, pues pertenecen á las ramas de la raza mongola. Tienen el mirar severo, los ojos estirados, los huesos de los carrillos muy salientes y la nariz proeminente en toda su extension: son mas altos, mas cetrinos y menos rechonchos que los chaimas. Los misioneros elogian mucho las disposiciones intelectuales de los Jaruros, que en otro tiempo

formaban una nacion fuerte y numerosa en las riberas del Orinoco, especialmente en las cercanias de Caycara, mas abajo de la embocadura del Guarico. Pasamos la noche en el *Diamante*, pequeña plantacion de caña dulce, colocada enfrente la isla del mismo nombre.

El 31 de marzo estuvimos en la orilla hasta medio dia obligados por un viento contrario. Vimos una porcion de piezas de caña de azucar devastadas por el efecto de un incendio que se habia propagado de la selva inmediata: los Indios errantes ponen fuego al bosque en el parage donde han se acampado por la noche, y durante el tiempo de las sequias serian devoradas las provincias enteras, si la extrema dureza de los árboles no impudiese que se consuman enteramente: hallamos troncos de *Desmanthus* y de caoba, que apenas estaban carbonizados, á dos pulgadas de profundidad.

Desde el *Diamante* se entra en un territorio únicamente habitado por tigres, cocodrilos y chiguirens, especie grande del género *Cavia* de Linné. Vimos bandas de aves que agrupadas unas á otras, parecian unas nubes oscuras cuya

forma varia á cada momento. Una de las riberas es árida y arenosa á causa de las inundaciones; la otra está mas elevada y poblada de árboles copudos: otras veces por ambos lados esta el rio bordado de bosques, y forma un canal de 150 toesas de ancho. La disposicion de los árboles es muy particular: hállanse primeramente zarzas de sauso¹, que forman como un seto de cuatro pies de alto, que se diría estar cortado por la mano del hombre. Detras de este seto se eleva un soto de Cedrelas, Brasiletes y Gayacos: hay pocas palmeras, y solo se ven algunos troncos esparcidos de Corozos y Piritus espinosos. Los grandes cuadrúpedos de aquellas regiones, los tigres, los tapires y los javalíes Pecari, han hecho aberturas en el seto de sauso, por las cuales salen los animales salvajes cuando van á beber al rio.

Como estos temen poco al arrimo de una canoa, teniamos el gusto de verlos pasearse lentamente por la orilla, hasta que desaparecian en la selva, entrándose por una de aquellas calles

¹ *Hermesia castancifolia.*

que dejan las zarzas de trecho en trecho. Estas escenas, que se repiten con frecuencia, han conservado siempre para mí el mayor atractivo; el placer que se experimenta se debe; no solamente al interés que toma un naturalista en los objetos de su estudio, sino á un sentimiento comun á todos los hombres educados en la civilizacion. Se vé uno en contacto con un mundo nuevo, y con una naturaleza salvaje y feroz: ya se descubre el jaguar, la hermosa pantera de América, ó ya el bocco, de plumage negro y cabeza crestada, que se pasea lentamente á lo largo de los sauos; los animales de clases mas diferentes se suceden los unos á los otros. Decíanos nuestro anciano patron, indio de las misiones, que aquello es como *el Paraiso*; y con efecto, todo representa aquel estado del mundo primitivo, cuya inocencia y felicidad han descrito á todos los pueblos las antiguas y venerables tradiciones; pero observando detenidamente las relaciones de los animales entre sí, se advierte que se temen y se evitan mutuamente. La edad dorada ha pasado ya, y tanto en el paraiso de las selvas americanas, como en cualquiera otra parte, una triste

y prolongada experiencia ha hecho conocer á todos los seres animados, que rara vez se encuentran hermanadas la fuerza y la dulzura.

Cuando las playas son muy anchas, queda distante del rio la línea de sausos: en este terreno intermedio se ven los cocodrilos á veces en número de ocho á diez, echados en la arena, inmóviles con las mandíbulas en ángulo recto; descansan unos á lado de otros sin darse ninguna de aquellas demostraciones de cariño que se observan entre los demás animales que viven en sociedad. La tropa se dispersa así que salen de la playa; sin embargo es de creer que se compone de un solo macho y muchas hembras, pues según ha observado antes que yo M. Descourtils, que ha estudiado los cocodrilos de Santo Domingo, los machos son muy raros á causa de que se matan combatiéndose entre ellos en la época de sus amores. Estos monstruosos reptiles se han multiplicado de tal modo, que durante todo el curso por el rio hemos tenido siempre cinco ó seis á la vista; sin embargo, apenas en esta época se comenzaba á sentir la creciente del rio Apure, y por consiguiente se hallaban todavía centena-

res de cocodrilos envueltos en el fango de las sábanas.

A cosa de las cuatro de la tarde nos paramos para medir un cocodrilo muerto que había en la playa; tenía 16 pies 8 pulgadas de largo; mas M. Bonpland halló otro, unos días después (era un macho) que alcanzaba hasta 22 pies y 3 pulgadas. Bajo todas las zonas, tanto en América como en Egipto, alcanzan la misma talla; además, la especie tan abundante en el Apure, el Orinoco y el rio de la Magdalena llamada *Arue* por los Indios tamanaques, y *Amana* por los Maypures, no es un *caiman* ó un *aligator*, sino un verdadero cocodrilo análogo al del Nilo, y con pies picoteados por la extremidad exterior. Contando con que hasta los diez años no entra el cocodrilo en la edad de pubertad, y que entonces es de 8 pies de largo, se puede admitir que el que midió M. Bonpland tenía á lo menos 28 años.

Nos decían los Indios en San Fernando que ningún año se pasaba sin que dos ó tres personas, sobre todo mugeres de las que van á tomar agua al rio, fuesen devoradas por aque-